

iglesia, los arrojó al altar. Fue tal la magnitud de la tragedia que se creyó que con este hecho había terminado la persecución religiosa, pues el gobierno abrió las iglesias (González González, 2008: 18).

En la década de los cuarenta, debido a las semejanzas con las danzas prehispánicas, autores como Guerrero y Solórzano (1941) encuentran en sus investigaciones “tradiciones idolátricas” como supervivencias religiosas de la cultura azteca, comparando los relatos de los cronistas y los códices con las prácticas actuales. Por ello los danzantes son “unos hábiles simuladores, pues nos parece ver un fondo de idolatría en lo que ellos nos muestran como ceremonias del culto católico, siendo más bien estas ceremonias un agregado con el que cubren el antiguo culto a sus ídolos” (*ibidem*: 459).

Los danzantes en aquella época mantenían bajo estrictas normas sus rituales, que realizaban con gran misticismo; se habla incluso de aplicación de castigos corporales a aquellos que no siguieran los preceptos de la danza. Como parte importante de las ceremonias, mantienen los sonidos de guitarra de concha de armadillo e instrumentos de cuerda; también visten enaguïllas de gamuza adornadas con puntas de cuero, medias blancas, camisa de color y un penacho “como Cuauhtémoc”, y decoran sus ropas con motivos prehispánicos del calendario azteca.

Hasta ese momento, los principales ejecutantes son las clases más pobres de la ciudad, además de artesanos, obreros, comerciantes, empleados y campesinos migrantes, que encuentran en los grupos de danza un reconocimiento social y la posibilidad de integrarse en redes de ayuda mutua, lo que les permite sortear la difícil vida en el medio urbano. “En general